

**Nelly García Bellizzia**

## **Sociología y arquitectura**

Es un hecho comúnmente admitido que el construir el *habitat* y el marco de vida del hombre tiene un carácter eminentemente social. De aquí que la relación entre sociólogo y arquitecto y/o urbanista parezca marchar sin dificultad, ya que la colaboración del sociólogo es generalmente admitida (aunque no practicada en algunos países) por los responsables de la programación urbana.

Debido a su preocupación fundamental por el bienestar social el sociólogo debería integrarse fácilmente en los equipos pluridisciplinarios a fin de hacer un llamado de atención a los economistas, demógrafos, arquitectos, urbanistas, etcétera, sobre los imperativos y consecuencias del desarrollo urbano. El sociólogo debería hacer recordar constantemente que las limitaciones económicas y coyunturales no deben hacer olvidar que la ciudad tiene necesidad de ser verdaderamente “significante” para *todos*:

- de expresar una civilización equilibrada en términos de espacio;
- de ser irremplazable teatro de la vida activa sobre cuya escena se realizan las relaciones sociales;
- de preservar los equilibrios;
- de ser funcional, es decir, de no hacer conflictivas las vivencias, las interacciones, el desarrollo económico, las relaciones interurbanas.

Lo que el sociólogo puede aportar al urbanismo y a la arquitectura depende de lo que se espera de él. Lo que parece inconveniente, en cierto momento, es el “producto” de la práctica profesional del arquitecto como no respondiendo a las necesidades de los usuarios;

convendría preguntarse por qué esta práctica profesional se realiza bajo condiciones y presiones que dan por resultado un producto no conveniente.

¿Qué es, por tanto, lo cuestionable?, ¿la práctica profesional, o el objeto de esta práctica?

Decía Le Corbusier: “el arquitecto es quien se ocupa de la *chose humaine*”.<sup>1</sup> Entendiendo por la *chose* todo el universo mineral diseñado y construido por el arquitecto, es decir el *quantum*. Pero, cuando en un acto voluntarista se pasa de una teoría cuantitativa a una cualitativa del desarrollo urbano, la contribución del sociólogo aparece en primer plan.

Por sus investigaciones fundamentales y su conocimiento sobre las transacciones sociales, el sociólogo debería trabajar para definir una nueva civilización urbana en donde las relaciones sociales sean privilegiadas respecto a las limitaciones de la rentabilidad económica o de un funcionalismo muy rígido. El sociólogo deberá participar entonces, en pleno derecho, en la elaboración de las estructuras urbanas.

Lo que realmente sucede es que en vez de buscar en los equipos pluridisciplinarios las partes de superposición o de imbricación del fenómeno, cada especialista divide en tajadas una parte de la realidad y la convierte en su “coto de caza” privado. Pero hay algo peor; desde ese pedazo de la realidad, considerado principio y fin de todas las cosas, el especialista convierte a “su realidad” en centro del mundo y líder supremo sobre las otras disciplinas, a las que considera subordinadas a la suya propia.

La solución no la tengo a la mano. Si la construcción de una ciudad es un *affaire* de sociólogos, o de economistas, o de arquitectos, geógrafos o urbanistas. No lo sé. Yo pienso que es un negocio de todos. Para que entre todos logremos aprender la realidad de ese complicado fenómeno urbano, y logrado esto podría ser más fácil entender de lo que hablamos y, sobre todo, lo que queremos hacer. ¿De qué?, o ¿para qué lo queremos hacer?

Aquí estoy de acuerdo con Castells cuando dice: es necesario decidir primero de lo que vamos a hablar y cómo lo vamos a tratar para poder establecer un método de análisis.

La Escuela de Chicago estableció ciertas bases magníficas. Después, no se ha podido salir de ellas, a pesar de que se han realizado estudios sumamente válidos y valiosos.

<sup>1</sup> Le Corbusier, *L'architecture contemporaine*, grabación. Entrevista de Oscar Niemeyer, París, mayo 5, 1965.

Es conveniente subrayar que todos los estudios de sociólogos trabajan sobre *le fait accompli* y de esa manera ninguna proposición ha surgido completa entre la relación del “producto” del trabajo profesional del arquitecto y/o urbanista y el del sociólogo.

Hablar de situaciones idílicas no tiene caso, lo importante sería proponer un método de colaboración ante la “obra no construida”, aunque parezca una contradicción.

La obra no construida, podría pensarse como la obra en proyecto, pero la ejecución de un proyecto significa ya un trabajo realizado: una concepción del espacio o de una fracción del espacio en función de la concepción puramente interior, es decir, de un espacio interiorizable.

Aquí debemos recordar que en un mismo individuo hay un hombre de dentro, el hombre psicológico; y un hombre de fuera, el hombre sociológico; ambos están en contacto con los espacios arquitectónicos y condicionados por ellos. ¿Dónde empieza y dónde acaba este espacio arquitectónico?, y, en consecuencia, ¿cuál es el espacio interno y cuál es el espacio externo? y, ¿externo a qué?, o, ¿interno a qué?, cabría preguntarnos.

Vamos a hacer una suposición:

Hoy, que estamos en el interior de este espacio delimitado por 4 paredes, un techo y un piso, estamos dentro de un espacio, lógico. Este espacio es, en este momento, interno en relación a otros espacios externos. Esta digresión nos permite referirnos a un espacio físico, desde luego. Por lo tanto, existen, en una constatación, espacios físicos, internos, externos y supraexternos. Habrá otros espacios más allá que harán las veces de espacios externos, no sólo a este auditorio sino a todo el edificio; que constituyen parte de lo que conocemos como ciudad. Ésta, a su vez, tendrá que participar de este mismo sistema dialéctico de espacios internos-externos. Lo que nos aclara que la ciudad también tiene espacios internos y espacios externos.

Pero un momento. Aun dentro de este auditorio, o sea, de este espacio primario, en esta consideración, existe otro espacio más interno: el interno de nosotros mismos, el hombre psicológico del que hablamos hace un momento.

Así que recapitulando: el espacio interno al hombre como individuo, es el espacio-hombre-psicológico, y el espacio externo al espacio más interno ¿es ya espacio-hombre-sociológico? El individuo como sujeto es ya el hombre sociológico, que se mueve en un espacio sociológico que está en él en contacto con otros hombres.

¿Querrá esto decir que el arquitecto maneja espacio sociológico, o sea, los espacios primarios en que se mueve el hombre psicológico?

¿Cómo podríamos armar en estas condiciones la real colaboración entre arquitecto-sociólogos-psicólogos?

Si el arquitecto arma, construye y maneja espacios sociológicos ¿por qué no busca la colaboración de sociólogos para comprenderlos?, y yendo más allá ¿de psicólogos para interiorizarlos?

Yo tengo una respuesta. El manejo, la creación y configuración de espacios corresponde a lo político. Y como lo político significa poder, es necesario no dejar escapar el poder sino retenerlo. De aquí esa lucha secular por el poder que quisiera revisar con ustedes bajo una óptica muy particular: la de una mujer-arquitecto y urbanista.

Cuando se habla de un *fait de civilisation* y del avance tecnológico como ese proceso civilizacional, he aquí que nos encontramos con un evento *sine qua non*, la *mujer* comienza la historia de la Humanidad aportando el más perfecto de los “productos” terminados: el ser humano. Tecnología insuperable e industria perfecta, la maternidad es el verdadero *fait de civilisation*, incontestable.

Pero la mujer no considera el espacio exterior del poder tan apreciado como el hombre. Ella interioriza el poder, multiplica los espacios del poder, maneja el poder de la creación.

Sin embargo, la lucha por el poder, desde ángulos diferentes hace que la mujer conciba lo político como algo interno e inherente a su poder creador y civilizador. En tanto, el hombre, al que este poder es exterior, se ve en la necesidad de adquirirlo.

Giselle Charzat, en un estupendo análisis de antropología política al que he recurrido para escribir este capítulo, hace una revisión estupenda de los estudios antropológicos conocidos demistificando el valor del poder a través del acceso a lo político reconsiderando, a su vez, la participación de las mujeres en la historia.

Así, existen fuertes indicios de que en las sociedades primitivas fue la mujer menos móvil que el hombre, quien organiza las relaciones sociales en grupos sedentarios<sup>2</sup> y quien inventa, a su vez, la arquitectura.<sup>3</sup>

Pero la historia, tal cual la conocemos, no ha sido más que una relación de “hechos” de afirmación masculina.

“La historia —agrega G. Charzat— está atravesada por la explotación de la mujer por el hombre, y del hombre por el hombre.”<sup>4</sup>

Historia, por lo tanto, de explotación pero también de opresión y

<sup>2</sup> Charzat, Giselle, *Femmes Violence Pouvoir*, Editions Jean-Claude Simoen, París, 1979, p. 20.

<sup>3</sup> García Bellizzia, Nelly, “Las arquitectas sin historia”, *Revista Fem*, núm. 1, 1976, p. 53.

<sup>4</sup> Charzat, Giselle, *Ibid.*, p. 70.

de traición. Opresión que se lee fácilmente en esa lógica que ha creado ciudades funcional y arquitectónicamente discriminatorias contra las mujeres.

Es también una historia de traición cuando las mujeres en las aldeas, en pleno uso del poder, sintieron la necesidad de integrar a los hombres, que, volviendo de los largos periodos de caza, se encontraban al margen de las nascentes relaciones sociales. Las mujeres ofrecieron a los hombres no el poder, pero sí la representación del poder, con el fin de verlos asimilarse más rápidamente a las condiciones de convivencia del grupo sedentario. Así, los miembros masculinos del grupo aportaron el placer del engaño y la traición, unidos a la violencia, a la que rápidamente convirtieron en "acto" de naturaleza propia de su sexo para afirmarse en el poder, no sólo de su grupo primario sino de toda la comunidad a través de demostraciones de fuerza y de violencia.

La división del trabajo fundada bajo estas premisas, contribuyó a reformar el valor económico, pero sobre todo ideológico del trabajo doméstico de las mujeres considerándolo un quehacer de interior y sin valor social. Y como la urbanización es, según Castells, la expresión específica de las formas de producción a nivel de las formas espaciales

En el patriarcado el grupo primario creó un sistema espacial de valores jerarquizados de la propiedad dentro de su espacio interior (limitado por la empalizada), en el que la casa del jefe estaba colocada al centro y alrededor se encontraban las casas de las mujeres y las de los animales.

Dentro de este espacio, la situación de las mujeres era periférica y su movilidad también, sobre todo cuando por matrimonio pasaban a ser parte de otro grupo. Es cierto que también, alguna vez, se desplazaban hacia el centro, pero siempre en una relación de subordinación como esposas del jefe.

Este principio que establece la idea de centralidad como sede del poder (político, religioso o económico) ha dado la característica significativa a las ciudades conocidas que han crecido en torno a un templo, iglesia, Foro o Gran Plaza.

"La sociedad —dice Giselle Charzat— *manipula* el espacio donde se desarrolla la multitud de gestos y de actos creadores, la multitud de tareas tan útiles las unas como las otras a la vida colectiva."<sup>6</sup> Si la sociedad ha manipulado siempre estos espacios, no ha sido fortuita

<sup>5</sup> Castells, *Ibid.*, p. 78.

<sup>6</sup> Charzat, Giselle, *Ibid.*, p. 70.

la segregación de las mujeres —simbólica o prácticamente— de los lugares centrales sedes del poder en las ciudades.

Así, en las sociedades mediterráneas —herencia directa de las primeras sociedades urbanas— se exagera el uso masculino del espacio exterior. Las mujeres viven bajo la prohibición de ser vistas en las calles y sobre todo en el Ágora. Ningún equipamiento de la ciudad está abierto al uso de las mujeres. Las únicas que escaparon a estas prohibiciones fueron las mujeres de las islas. Por eso Aspasia de Mileto y Safo de Lesbos desafiaron con su actitud tan ridículas prohibiciones, y dieron un ejemplo de libertad que no fue entendido en su época, y ha persistido como una inadecuación a las normas sociales establecidas. La crítica ha sido tan persistente que aun los historiadores marxistas Dakonski y Berger atribuyen a la emancipación de las mujeres de la isla de Creta la ruina del imperio minoico.<sup>7</sup>

Ellos mismos nos dan una referencia de los vestigios de un palacio descubierto “en las excavaciones de Troya II, en la que describen un espacio rodeado de murallas ciclópeas en cuyo centro se erguía la confortable mansión del jefe con una pequeña construcción al lado, sin duda dedicada a las mujeres”.<sup>8</sup> Y esto lo ven los historiadores marxistas como natural, que el espacio del jefe sea central, confortable y como consecuencia el espacio de las mujeres menos confortable y marginal o periférico.

En Susa, capital del imperio de Ciro el Grande (559-529 A.C.) la poligamia que se introduce en las costumbres modifica sustancialmente el plan de las casas reales primero, de las burguesas, como consecuencia. Hubo en Persia, en las construcciones destinadas a habitación dos partes diferentes:

- Una designada a los hombres, ampliamente abierta, con contacto hacia el exterior, con vastas puertas y con ventanas en arcadas cubiertas de cúpulas, admitiendo plenamente el aire y la luz.
- Otra estrictamente cerrada, amurallada; con pequeñas, estrechas, elevadas y enrejadas aberturas en forma de ventanas, llamada ANDEROUN, reservada a las mujeres. Ningún extranjero, bajo ningún pretexto, podía saltar el umbral, lo que aseguraba a sus habitantes un asilo inviolable.<sup>9</sup>

En Grecia el *gineco* se encontraba al fondo del patio de la casa, en

<sup>7</sup> A. Dakonski y A. Berger, *Historia de la Antigüedad. Grecia*, Editorial Grijalbo, México, 1966, p. 23.

<sup>8</sup> A. Dakonski, *Ibid.*, p. 36.

<sup>9</sup> Ch. Gamier y A. Amann, *L'habitation humaine*, Hachette, París, 1892, p. 371.

el piso superior. Custodiada y cerrada la puerta de la escalera de acceso con rejas y candados las dos puertas principales de la casa: el *andronitide* y el *gineco* tenían la misma disposición espacial y se sobreponían una a la otra, pero con un destino muy diferente. En la planta baja el *andronitide*, en cuyo centro se encontraba la sala de hombres, donde se localizaba el altar doméstico, de una extraña domesticidad masculina porque los únicos contactos que se tenían en este piso eran entre hombres.

La similitud en la disposición de los espacios masculinos se determina con su diferente función. A la sala de los hombres correspondía, en el primer piso, la cámara conyugal: el *thalamos*. Había además otras cámaras para los pequeños trabajos femeninos como el tejido. Y se completaba con otras piezas para el acomodo de las esclavas.<sup>10</sup>

Grecia impuso al mundo occidental una curiosa división —por sexo— en las relaciones sociales y después el mundo occidental se quejó de los excesos.

Esta costumbre de eliminar a las mujeres, ya que ni en los censos aparecían, se liberó en Roma, donde las mujeres tenían acceso a todos los espectáculos públicos y podían salir a la calle, aunque acompañadas por una o varias esclavas. La casa romana, incluso, dispuso sus espacios interiores de modo que todos los miembros de la familia tuvieran acceso directo a la calle y a los huéspedes que allí llegaran.

En los países musulmanes, por ejemplo, donde las necesidades de aceptar a las mujeres en la calle se ha convertido en una contradicción hipócrita. El lugar de la mujer es el “serrallo” o “harem”, ya desde el siglo IV D.C., la característica esencial de las viviendas era la separación del “harem” o espacio destinado a las mujeres del resto de las habitaciones. En las casas ricas de amplios solares el “harem” se encontraba detrás de las habitaciones de los hombres. En las casas más modestas y en aquellas de la ciudad en el primer piso.<sup>11</sup> Siempre custodiado y siempre guardado.

Pero la calle sí que les está prohibida. Ésta es el lugar de los hombres, de los negocios, del poder. Por ello las mujeres no deben pensar salir a la calle, puesto que las relaciones sociales imperantes no les permiten tener transacciones en la calle. No obstante, si por alguna ocasión les es obligatorio afrontar la calle, es necesario hacer como si no estuvieran, es decir, cubrirse el rostro con un velo para hacer finta que no lo están.

Este hecho, esta separación entre sexos, ha sido una de las caracte-

<sup>10</sup> Ch. Gamier y A. Amann, *Ibid.*, pp. 464 y 365.

<sup>11</sup> Ch. Gamier y A. Amann, *Ibid.*, p. 720.

rísticas mercantes a las que nos debemos enfrentar las mujeres de nuestros días<sup>12</sup> al decidimos a afrontar los espacios exteriores en las ciudades contemporáneas. ¿Complicidad o indiferencia entre arquitectos y sociólogos? Por tanto, mi pregunta va dirigida a los sociólogos, cuya preocupación principal debe ser el bienestar de la sociedad sin distinción de sexos. ¿Por qué los sociólogos han sido mudos e indiferentes ante esta dicotomía de la sociedad en la que una minoría numérica masculina sigue imponiendo formas espaciales con una “carga” discriminatoria hacia la mayoría? Y creando también ciudades inoperantes y estructuralmente sobrepasadas, por una sociedad en evolución y en marcha hacia nuevas formas de transacciones entre individuos?

A los sociólogos, pues, corresponde poner el acento para una nueva civilización.

#### *Bibliografía básica*

- A. Dakonski, A. Berger. *Historia de la Antigüedad*. Grecia. Editorial Grijalbo. México, 1966.
- Giselle Charzat. *Femmes Violence Pouvoir*. Editions Jean-Claude Simoen, París, 1979.
- Manuel Castells. *Problemas de investigación en sociología urbana*. Siglo XXI de España Editores, 8a. edición, México, 1980.
- García Bellizzia, Nelly. “Las arquitectas sin historia”. *Revista Fem.* Núm. 1. sept., 1976.
- García Bellizzia, Nelly, *Diversas conferencias sobre el tema*. Inédito.

#### *Bibliografía complementaria*

- Saggi, Marsilio, y Rosario Manieri, *Donne e Capitale*. Marsilio Editore, Venezia, 1975.
- Etre Exploitées. Un Collectif Italien éditions des Jemmes, París, 1974.
- Zoubeida Bittari. *O mes soeurs musulmanes, pleurez L'air du temps* 193. Gallimard, París, 1964.
- Eleaine, Morgan. *La ciudad en crisis*. Editorial Pomaire, Barcelona, 1976.

<sup>12</sup> García Bellizzia, Nelly, *La ciudad en crisis*, Conferencia en la Casa del Lago, 1970. Inédito.